

¿ VAMOS A CANONIZAR A LUTERO ?

UN JESUITA CHILENO ENCIENDE POLEMICA NICARAGUENSE ENTRE CATOLICOS Y PROTESTANTES

TESIS DEL JESUITA

Nos faltan las palabras y se dislocan los casilleros mentales cuando queremos hablar o pensar acerca de los protestantes.

Inciertos de nuestro juicio sobre el presente, parecemos más seguros y severos para juzgar del pasado. Los primeros reformadores —Lutero, Zwinglio, Calvino— siguen antojándosenos pura y simplemente apóstatas y renegados de la fe y de la Iglesia. Este juicio histórico no puede menos de influir en la reticencia o resistencia con que encaramos nuestra actual relación con los protestantes. Si todo fuera error y herejía en los Reformadores, lo único que quedaría a salvo en sus seguidores contemporáneos sería la buena fe subjetiva. Pero entonces, nosotros los católicos obraríamos de mala fe e hipócritamente si, por respetar aquella buena fe tratáramos a los protestantes de hoy como a seres incapaces de llegar objetivamente a la verdad.

El impasse al que nos llevan estas consideraciones nos hace pensar en la necesidad de revisar nuestros juicios históricos. Esta revisión ha comenzado de hecho hace años, tanto por el lado protestante como por el católico. El resultado de ella ha sido el descubrimiento de que muchos de los juicios anteriores estaban viciados por la polémica. La actitud violenta y virulentamente anti-romana de los primeros reformadores y de los protestantes posteriores fue en parte condicionada por la rigidez e intemperancia romana frente a lo que en la época aparecía como erróneo y nocivo para la cristiandad. Pero en aquella "cristiandad", lo religioso anduvo mezclado con lo político y esto con lo económico y con asuntos de prestigio que poco o nada tenían que ver con el evangelio de Jesucristo. Si hubiera, pues, que reabrir el proceso, contra los hombres del siglo XVI, los alegatos podrían desarrollarse por años, agregando todavía infolios a los ya vertidos en la causa. Y nadie podría culpar de mala fe a los abogados de uno y otro bando, pues para desarrollarse una tan confusa madeja, todos no poseemos sino nuestras torpes manos y corta vista de mortales.

LA REFORMA LUTERANA

Hace 450 años que Tetzel predicaba en Magdeburgo las indulgencias romanas, una parte de cuyas entradas iba a aprovechar el obispo de Maguncia. A este monje que pretendía disponer del tesoro espiritual de la Iglesia para aumentar un escandaloso tesoro material, se opuso al grito indignado de otro monje, Lutero: "el verdadero tesoro de la Iglesia es el muy santo Evangelio de la gloria y de la gracia de Dios"; "se injuria a las Palabras de Dios cuando se emplea tanto o más tiempo en un sermón en predicar las indulgencias que en anunciar esta Palabra". Así comenzaron a circular las 95 tesis de Wittemberg en 1517. Es el aniversario que celebramos.

El abuso de las indulgencias era el signo de muchos otros. Por otra parte, el ataque de Lutero se afirmaba en una intuición teológica y espiritual cuya gestación llevaba años de luchas interiores e investigaciones eruditas. De ahí que las discusiones ulteriores hicieran aparecer temas mucho más hondos: la justificación del hombre por la fe, el lugar central y único de Jesucristo en la doctrina, predicación y vida de la Iglesia, la primacía de la Escritura como Palabra de Dios sobre todas las palabras e instituciones humanas.

Lutero no tuvo la intención de liquidar a la única Iglesia de Cristo, "la madre que nos engendra y nos lleva", según sus palabras; tampoco quiso romper su unidad fundando una nueva Iglesia. Deseó, eso sí, que la Iglesia medieval, de la que él era pastor y teólogo, corrigiera sus desviaciones y volviera a la pureza del Evangelio. Pues se corría el riesgo en esa coyuntura de la Iglesia de valorar tanto las obras humanas, que no se llegara casi a desalojar a Dios, a Jesucristo y a su palabra de la preocupación primaria de los fieles.

Frente a hombres de Iglesia que reposaban en las reformas históricas de la Institución visible, frente a cristianos que perdían de vista la gloria de Dios para vivir una religión centrada en el hombre —temor de castigos, deseo de obtener favores, seguridad

en las buenas obras,— Lutero recuerda y proclama que, según el Evangelio, ninguna seguridad, justicia o sabiduría humana tiene sentido ante Dios. Esta fue su intención de fondo. Como toda intención, tuvo que traducirse en formas.

Y las formas no fueron siempre del todo felices. Además ellas fueron mal interpretadas por muchos de sus seguidores y por la Iglesia de Roma. De ahí se siguió la separación, y de ésta, las posiciones contradictorias que se endurecieron al calor de la disputa. El soplo de renovación que venía de la reforma luterana no fue (o no pudo ser) captado en el seno de la Iglesia católica romana. De tal manera que, aunque se corrigieran en ella muchos abusos, la hemos visto en los siglos siguientes afianzar todavía su institución externa, su organización jerárquica y la seguridad de su Magisterio, a expensas quizás de otros valores interiores. Los protestantes, por su lado, no sólo desarrollaron y profundizaron las intuiciones espirituales del Reformador, sino que dejándose llevar también como nosotros por el calor y la oscuridad de la disputa, rechazaron elementos que el mismo Lutero había querido guardar de la antigua Iglesia, como por ejemplo el vigor de su tradición viviente.

LA REFORMA ROMANA

Pero la disputa después de habernos opuesto, ha terminado por acercarnos a ambos grupos; o mejor, ambos nos hemos acercado a la Palabra de Dios en la Escritura leída por la tradición de toda la Iglesia. En un primer momento, recurrimos a la Biblia para defender con sus palabras nuestras propias posiciones. Pero, como no se recurre en balde a la Palabra de Dios y ella nos aporta siempre lo inesperado, hemos vuelto de esta lectura con mucho más que estériles defensas y argumentos.

No le han sido demasiado largos a la Iglesia entera de Cristo los 450 años transecurridos desde la tesis de Wittemberg para ir haciendo vida propia lo que en un comienzo pareciera sólo el tremendo sacudón de una fiebre extraña. El Concilio de Trento significó para la parte católica una primera y fundamental revisión. Las Iglesias protestantes nacidas de la Reforma han dejado de endurecer ciertos puntos polémicos de Lutero, extraídos de su contexto histórico, y están cayendo en la cuenta de la profundidad de su espíritu "católico". En el Concilio Vaticano II en que confluyen cuatro siglos de vida espiritual, de meditación y estudio de la Escritura y de los Padres y de mutua fecundación entre las iglesias romanas y evangélicas, la Iglesia católica romana reconoce como patrimonio suyo muchos de los puntos de Lutero, señalados por él en su época: el primado de la palabra de Dios en la Escritura; la realidad de una tradición viviente y no meramente mecánica y verbal; el papel de servidor de la Palabra y de los hombres que compete al Magisterio; la función profética y sacerdotal de los laicos y la "igualdad de todos (Jerarquía y laicado) en lo referente a la dignidad y a la misión común"; la afirmación de la libertad con

la que Cristo nos liberó; la realidad del Espíritu que anima a todos en el Pueblo de Dios dotándolos de carismas; la subordinación de ceremonias e institución a la fe de los cristianos; la pequeñez, la humildad y hasta el pecado que afectan a la Iglesia peregrina que, en sus formas históricas visibles, no coincide nunca adecuadamente con el Reino cuya semilla Cristo plantó en la tierra; la necesidad de una "pequeña reforma" de la Iglesia; la confesión gozosa de que la única gloria de la Iglesia es la de su Cristo en cuyo Misterio ella se encuentra escondida.

Todos estos temas que revigorizan la vida cristiana y la pastoral de la Iglesia católica hoy en día se encuentran ciertamente en el Evangelio; y así los ha leído en él toda la tradición eclesial. Pero no con tanta claridad y riqueza. No deberíamos reconocer con humildad que el haber fijado nuestra atención en ellos se debe en buena parte al llamado que hiciera Lutero a una reforma de la Iglesia? Quizás es esto todavía demasiado duro para nosotros. Pero si no llegamos a este reconocimiento —que tendría que ser acción de gracias a Dios—, no podremos dejar de afirmar al menos que en el futuro, ya no podremos mirar con sospechas algunos aspectos del Evangelio por el mero hecho de haber sido señalados también por Lutero.

LA UNICA REFORMA

Hemos podido revisar nuestras posiciones sobre Lutero gracias a que, bajo la agitación y turbulento dolor de estos cuatro siglos, ha ocurrido como vena subterránea —silenciosa, serena, límpida— la fe en Jesucristo y la acción de su Espíritu en toda su Iglesia —ese Espíritu cuyo vigor no se halla coartado por las divisiones denominacionales. Es esta vena la que parece ahora brotar impetuosa a la superficie. Todo sucede como si los hombres hubiéramos ya, alejado demasiado, y, entrando en escena, Dios mismo hiciera oír su voz: "estábais hablando de mí pero no os oíais sino a vosotros. Callaos ahora para escuchar mi Palabra en el eco de vuestras propias palabras". Y quizás si en este silencio —semejante al que, según el Apocalipsis, precede a la apertura del séptimo sello— podamos comenzar a sentir que la variada y contradictoria dialéctica de las palabras humanas se convierte en la modulación sencilla de una Palabra de paz y de unión. Esta Palabra no ha abandonado nunca a su Iglesia. Pero tampoco ha sido acaparada enteramente por ninguno de los bandos mientras éstos se consideraban enemigos. Quizás si las oposiciones surgidas dentro de la Iglesia hayan sido necesarias para que nosotros, los hombres, no nos contentáramos con un Dios hecho a nuestra medida. Quizás sí, después de haber caminado largamente por la dureza de un desierto, habremos llegado ya a la cumbre de un monte Nebo desde donde se vean verdear las praderas prometidas y se pueda atisbar aquella ciudad "de la que Dios solo es el constructor" (Heb. 11:10). Pero queda todavía un largo camino por recorrer.